

Bullying, un fenómeno que avanza

Laura, una alumna de 15 años no quiere ir a la escuela. Tampoco se anima a abrir su Facebook por miedo a leer lo que sus compañeros dicen de ella: *moríte, andate de la escuela, estúpida*, son algunas de las frases que aparecen en su muro.

Cada día hay más casos de violencia en las escuelas. A ese tipo de acoso se lo conoce como bullying y consiste en algún tipo de hostigamiento físico o psicológico que niños y adolescentes reciben de sus pares. Aunque muchos padres no lo sepan, sus hijos pueden ser víctimas de una situación dolorosa o, quizá sean ellos victimarios y agredan a alguno de sus compañeros.

Los especialistas del Observatorio Nacional de Violencia en las escuelas coinciden en que gran parte de la problemática radica en la relación entre los chicos y sus padres. Por lo general, quienes agreden a sus compañeros pertenecen a familias donde no existe el diálogo, ni las muestras de afecto. En otros casos, provienen de grupos familiares donde impera la violencia.

No siempre es fácil detectar el acoso escolar. Las víctimas suelen ocultar las agresiones, no avisan a los adultos, porque se sienten inseguras o por temor a las represalias y eso las lleva a encerrarse en un círculo de angustia. Tampoco es fácil reconocer a los agresores. Muchas veces, se trata de niños o adolescentes que muestran conductas muy diferentes en el hogar y la escuela. Por ejemplo, con los adultos son amables y educados y con sus pares son hostigadores. Actúan como si fueran espías con una doble vida, y los padres no pueden reconocer que su hijo se comporte de esa manera.

En una encuesta realizada en la provincia de Santa Fe, 9 de cada 10 maestros reconocieron que son testigos de situaciones de acoso. Si bien es cierto que hay planes de capacitación para docentes, no obstante 8 de cada 10 maestros dicen no sentirse capacitados para enfrentar estas situaciones.

¿Quién le pone el cascabel al gato? Lo primero que hace un maestro frente a la problemática es tratar de interceder entre los alumnos agresores y el alumno agredido. Como segundo paso, le queda la posibilidad de contactarse con los padres para ponerlos al tanto de lo que ocurre. Es en este punto donde suelen aparecer otros inconvenientes, pues en muchos casos los padres terminan protegiendo a sus hijos agresores y poniendo en duda el relato de los maestros.

Nadie desconoce los intentos por revertir esta situación, pero no se percibe que hasta el momento existan políticas claras para formar a los docentes y afrontar de manera adecuada esta problemática que se agrava con el paso del tiempo.

Evidentemente, si no tomamos medidas urgentes que impliquen crear vínculos sanos entre los alumnos no podremos detener este flagelo.

Artículo editorial del 8 de junio de 2013.
Diario El Litoral (Santa Fe).